Érase una vez un niño como vosotros que se llamaba José.

José vivía en un pueblecillo de Huesca llamado Peralta de la sal con sus papás y sus siete hermanos y hermanas. Era un chico muy bueno, aunque a veces hacía sus trastadillas como todos los niños.

En la escuela del pueblo aprendió a leer y a escribir. José admiraba a su maestro y pensaba:

- ¡Cuántas cosas sabe! ¡Yo de mayor quiero ser cómo él!

Su madre se llamaba María. Ella les contaba un montón de historias y cuentos, que a José y sus hermanos les encantaba escuchar.

También les enseñaba a santiguarse y de sus labios aprendieron bonitas oraciones. Se quedaban ensimismados cuando les hablaba de María, nuestra madre del cielo.

Pasó un día y otro día, un año y otro año... y José fue creciendo más y más hasta convertirse en un joven al que le gustaba aprender cosas nuevas, y para eso fue a estudiar a varias escuelas.

Cuando las cosas le salían mal, él se acordaba de la Virgen María y se sentía mucho mejor.

A José le gustaba mucho rezar a Dios y a María, por lo que un día decidió hacerse sacerdote para poder hablar a todo el mundo de Dios y ayudar a los demás.

Después de estudiar mucho y aprender muchas cosas más de Dios, se convirtió en el Padre José.

Recorrió diferentes ciudades e iglesias, hasta que un día llegó a Roma, una hermosa ciudad de Italia, donde José iba a descubrir la misión que Dios guardaba para él...

Cuando el Padre José paseaba por Roma, veía muchos niños pobres, con ropas sucias y rotas que corrían y jugaban a todas horas en las calles de esa ciudad.

A José le daban mucha pena esos niños y se ponía muy triste cada vez que los veía y pensaba:

- ¿Qué puedo hacer por ellos...?

De repente..., ¡se le ocurrió una idea maravillosa!

Decidió buscar un lugar donde reunir a esos pobres niños y enseñarles a leer, a escribir, a contar...